



Asamblea General Consejo de Seguridad

Distr. general
8 de agosto de 2023
Español
Original: inglés

Asamblea General
Septuagésimo séptimo período de sesiones
Tema 24 del programa
Desarrollo agrícola, seguridad alimentaria y nutrición

Consejo de Seguridad
Septuagésimo octavo año

Carta de fecha 2 de agosto de 2023 dirigida al Secretario General y a la Presidencia del Consejo de Seguridad por el Encargado de Negocios Interino de la Misión Permanente de la República Bolivariana de Venezuela ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de dirigirme a usted, en nombre de los Estados miembros del Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas, con el objeto de hacer referencia al debate abierto de alto nivel del Consejo de Seguridad programado para el 3 de agosto de 2023 en relación con el tema “La hambruna y la inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos”.

Al respecto, me complace transmitir adjunta la declaración que pronunciará con esa ocasión el Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas (véase el anexo) y solicitar respetuosamente sus buenos oficios para que la haga distribuir entre los Estados Miembros de la Asamblea General y el Consejo de Seguridad y publicar como documento de la Asamblea, en relación con el tema 24 del programa, y del Consejo, respecto del tema titulado “Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”.

(Firmado) Joaquín Alberto **Pérez Ayestarán**
Encargado de Negocios Interino,
Embajador y
Representante Permanente Adjunto



Anexo de la carta de fecha 2 de agosto de 2023 dirigida al Secretario General y a la Presidencia del Consejo de Seguridad por el Encargado de Negocios Interino de la Misión Permanente de la República Bolivariana de Venezuela ante las Naciones Unidas

Declaración que se pronunciará durante el debate abierto de alto nivel del Consejo de Seguridad en relación con el tema “La hambruna y la inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos”

En la Declaración Universal de Derechos Humanos y el artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales se reconoce que toda persona tiene “derecho a un nivel de vida adecuado ... incluido el derecho a una alimentación adecuada”.

En consecuencia, y respetuosos como somos de las disposiciones del derecho internacional de los derechos humanos, consideramos que el derecho a la alimentación y el derecho de toda persona a no padecer hambre es un derecho humano inalienable de todo ser humano y, por lo tanto, nos valemos de esta oportunidad para reiterar de entrada nuestro firme compromiso de no escatimar esfuerzos para poner fin al hambre, lograr la seguridad alimentaria, mejorar la nutrición y promover la agricultura sostenible, en consonancia con nuestros compromisos internacionales pertinentes, incluidos los derivados de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, así como con nuestros respectivos programas nacionales en este ámbito.

No es ningún secreto que el mundo atraviesa actualmente una crisis polifacética. De hecho, la seguridad alimentaria presenta una de las dimensiones de esa crisis mundial. En diversos informes, muchos de ellos preparados por las Naciones Unidas y sus organismos especializados, se indica que en los tres últimos años ha aumentado considerablemente el número de personas que padecen inseguridad alimentaria grave en todo el mundo y que en el momento actual existe un riesgo real de que en un futuro próximo se declaren múltiples hambrunas. El año pasado, por ejemplo, el 9,2 % de la población mundial padecía hambre crónica, mientras que el 29,6 % padecía inseguridad alimentaria moderada o grave, lo que suponía que carecía de acceso a una alimentación adecuada.

Sin embargo, antes de la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19) la inseguridad alimentaria ya iba en ascenso, y había pasado del 22,4 % en 2014 al 25,9 % en 2019. Esta realidad se ha visto ahora exacerbada, entre otras cosas, por la peor pandemia a la que se ha enfrentado la humanidad en el último siglo, por la catástrofe climática en curso, por el aumento de las desigualdades y por los conflictos, incluidos los de carácter prolongado.

Sin embargo, otro elemento más ha exacerbado y sigue exacerbando deliberadamente la hambruna, el hambre y la inseguridad alimentaria a escala local, nacional, regional e internacional, habiendo sido reconocido en fechas recientes por la Organización Mundial de la Salud: la promulgación, la aplicación e incluso la expansión constantes, sistemáticas e implacables de medidas coercitivas unilaterales.

Estas medidas, que son crueles e inhumanas y carecen de fundamento jurídico en el ámbito de los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, constituyen una afrenta, entre otras cosas, al derecho a la alimentación y al desarrollo. Claramente pretenden, entre otras cosas, privar a poblaciones enteras de sus propios medios de subsistencia, en flagrante contravención de las normas más elementales del derecho internacional.

Además, forman parte de los medios incluidos en el conjunto de instrumentos utilizado por determinados gobiernos para promover sus intereses nacionales y agendas de dudoso carácter en el exterior. La utilización de la economía y del sistema financiero internacional como arma, en particular mediante la aplicación de medidas coercitivas unilaterales, que, como demuestran los hechos, pueden ser tan letales como las armas utilizadas en las guerras convencionales, forma parte de los medios utilizados para inducir, intensificar y prolongar los conflictos en todo el mundo.

Debemos ser claros: las medidas coercitivas unilaterales, dado su amplio alcance, sus implicaciones extraterritoriales y su naturaleza sistémica, están exacerbando deliberadamente la crisis polifacética a la que se enfrenta hoy la humanidad y seguirán no solo afectando negativamente a la economía global en su conjunto, sino también causando y prolongando el sufrimiento humano a escala planetaria, a menos que se les ponga un fin completo, inmediato e incondicional, lo cual permitiría a todas las naciones, sin discriminación ni limitación de ningún tipo, aprovechar plenamente su potencial productivo y, en consecuencia, contribuir a la superación de los retos actuales, incluso mediante la estabilización de los precios de determinados productos básicos, como alimentos y fertilizantes.

Cabe recordar en este contexto que hace apenas algo más de un año los jefes de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, el Fondo Monetario Internacional, el Grupo Banco Mundial, el Programa Mundial de Alimentos y la Organización Mundial del Comercio afirmaron que estos tipos de medidas restrictivas solo contribuían, precisamente, a elevar los precios de los alimentos, así como a aumentar el hambre y la malnutrición.

Además, la aplicación constante de medidas coercitivas unilaterales hace casi imposible, entre otras cosas, adquirir equipo, software o hardware y piezas de repuesto o garantizar la transferencia adecuada de la tecnología necesaria para el desarrollo y la producción de la industria agrícola y alimentaria en los países que están sometidos a dichas medidas. Sus consecuencias también tienen, como se ha dicho antes, consecuencias extraterritoriales y un impacto en otras naciones, que han reducido el comercio legal con esas naciones por temor a ser objeto de sanciones secundarias, como se consigna en el Global Report on Food Crises de 2023, realidad que, en última instancia, ha agravado aún más la actual crisis de inseguridad alimentaria mundial.

Coincidimos en la afirmación incluida en la nota conceptual preparada para el presente debate abierto: la inseguridad alimentaria mundial es un reto generacional y debemos apostar por un objetivo ambicioso que nos permita librar al mundo de la hambruna. Un paso inicial, quizás el más sencillo, en esa dirección sería acabar de una vez por todas con las medidas coercitivas unilaterales, que hoy afectan a más de 30 países de todo el mundo, muchos de ellos integrantes de nuestra agrupación, que no solo están preparados, sino que además tienen el potencial de contribuir enormemente a este empeño común, incluso en ámbitos como la producción y exportación de cereales y fertilizantes. Al respecto, no puede insistirse lo suficiente en que todos debemos estar comprometidos por igual para ser parte de la solución, pues estamos más que capacitados y dispuestos a hacer lo que nos corresponde y a ser proveedores fiables y responsables de materias primas, bienes y servicios.

La solución a este desafío generacional pasa por la adopción urgente de estrategias colectivas y medidas decisivas que necesariamente deben estar ancladas en los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas. No necesitamos “intervenciones humanitarias”, sino, por el contrario, mayor cooperación, capacitación y solidaridad, así como una expansión y profundización de la cooperación Sur-Sur, Norte-Sur y triangular, en aras del fortalecimiento de las capacidades nacionales. Es buen ejemplo de ello la Iniciativa para el Desarrollo

Mundial presentada por la República Popular China, así como la oferta más reciente de la Federación de Rusia de suministrar toneladas de cereales a quienes se ven más afectados por la actual crisis alimentaria mundial, especialmente en África. Aguardamos con anticipación nuevas iniciativas a largo plazo dirigidas a atender las necesidades de las poblaciones del Sur Global y garantizar su seguridad alimentaria.

Sin embargo, cualquier tipo de asistencia en este ámbito, sobre todo si es de carácter humanitario, debe atenerse estrictamente a los principios rectores de la facilitación de ayuda humanitaria descritos por la Asamblea General en su resolución [46/182](#) y contar con el debido consentimiento del Estado en cuestión.

Concluimos subrayando que la vía para abordar y superar con éxito los actuales desafíos a los que se enfrenta la humanidad en su conjunto, incluso en lo que respecta a la hambruna, el hambre y la inseguridad alimentaria, no es la aplicación constante de medidas coercitivas unilaterales o su ampliación, ni la imposición de restricciones comerciales injustificadas y arbitrarias, incluidas barreras arancelarias y no arancelarias, sino la adopción de medidas conjuntas, eficaces, inclusivas e innovadoras que, en estricto respeto de los postulados mismos de la Carta de las Naciones Unidas y de las normas del derecho internacional, nos permitan superar juntos la actual crisis multifacética que, ya sea por escasez, ya por inflación, hoy nos amenaza a todos, en particular a cientos de millones de personas en el mundo en desarrollo. Es nuestra responsabilidad moral ante las generaciones presentes y futuras corregir esa vía y hacerlo ahora.

Por último, como muchos han afirmado, jamás deberán utilizarse los alimentos como arma de guerra. Igualmente, subrayamos que las medidas coercitivas unilaterales, incluidas las de cuarta generación, nunca deberán utilizarse como táctica de guerra con el fin de infligir hambre a pueblos enteros o exterminarlos, incluso mediante la privación del acceso a los alimentos, como resultado directo de la aplicación de tales medidas ilegales.
